

## *Historia regional contra historia nacional en el siglo XX. Encuentros, desencuentros y situación actual*

PABLO SERRANO ÁLVAREZ<sup>1</sup>

*Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM)*

La confrontación entre la historia regional y la historia nacional ha sido una característica de la historiografía mexicana, por lo menos desde la primera mitad del siglo XIX.<sup>2</sup> Por regla general, la historia regional ha expresado el conjunto de fenómenos y hechos relativos a un espacio micro, relacionado con un conjunto social y cultural local, estatal o regional, donde han emergido niveles microespaciales que tienen que ver con el barrio, el pueblo, la comunidad, el municipio, el estado o regiones establecidas más allá de las delimitaciones jurídico-administrativas. Lo regional y lo provinciano surgieron en

<sup>1</sup> Agradezco las ayudas y apoyos que he recibido para la elaboración de este texto por parte de Alejandra Aguirre Herrera, Óscar Eduardo Martínez Ramírez, Jesús Méndez Reyes y Pedro Salmerón Sanginés. Mi reconocimiento por el apoyo siempre generoso de Javier Garcíadiego.

<sup>2</sup> Para detalles ver Juan Antonio Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, 2ª ed., México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1992, p. 5-13; Virginia Guedea (coordinadora), *El surgimiento de la historiografía nacional*, vol. III, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1997, p. 11-32; Reynaldo Sordo Cedeño, "La historia política del siglo XIX. De la 'historia tradicional' a la 'nueva historia'", en Gisela von Wobeser (coordinadora), *Cincuenta años de investigación histórica en México*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, Universidad de Guanajuato, 1998, p. 179-1986; Enrique Florescano, "De la patria criolla a la historia de la nación", en *Secuencia, revista de historia y ciencias sociales*, México, Instituto Dr. Mora, núm. 52, enero-abril de 2002, p. 7-39.

contraposición al nivel nacional, con un alto grado de regionalismo reivindicador y autogestivo.<sup>3</sup>

Por contraparte, la historia nacional se ha concentrado en el acontecer histórico global del territorio que unifica y homogeneiza a sus habitantes, sin importar la diferenciación y la pluralidad, pues desde el punto de vista sociopolítico, pero también cultural y territorial, los fenómenos del pasado son factor de expresión de la unidad e identidad que prevalecen en el conjunto mayor, siendo parte de la existencia del Estado, el gobierno y el sistema político.<sup>4</sup>

Ambas ramas de la historia mexicana han bifurcado dos senderos en la historiografía: uno que ha privilegiado las migajas y las partes, es decir, los fragmentos de una pluralidad diversificada de la sociedad y la identidad; otro que ha cumplido su papel en cuanto a lo homogéneo, unificado y centralizado, o sea, que ha ofrecido un bagaje de conocimientos que ha servido a la identidad nacional como factor permanente de unidad social, territorial y política.<sup>5</sup>

Dentro de la rama de la historia nacional, sin embargo, han existido tres brechas: una, la relacionada con la historia patria; otra, vinculada con la historia de bronce y una tercera referida a la historia oficial. Las tres fueron elaboradas durante el siglo XIX y estuvieron estrechamente relacionadas con la construcción del Estado-Nación y la expresión de una unidad indispensable para la cimentación de la identidad nacional.<sup>6</sup>

---

<sup>3</sup> Luis González y González, "Microhistoria para multiMéxico", en *Invitación a la microhistoria*, tomo IX, México, Clío, El Colegio Nacional (Obras Completas de Luis González y González), 1997, p. 53 y 54. De utilidad en esta consideración es la obra de Enrique Florescano, *Memoria mexicana*, 1ª reimpr., México, Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 514 y ss.

<sup>4</sup> Luis González y González, "Un siglo de aportaciones mexicanas a la historia patria", en ..., *ibid.*, p. 67-69. Cfr. Con Robert A. Potash, "Historiografía del México independiente", El Colegio de México, México, vol. X, 1961, p. 361-412; Enrique Florescano, *El nuevo pasado mexicano*, 2ª ed., Cal y Arena, 1992, p. 49 y 50.

<sup>5</sup> Estrecha liga que ha encontrado Luis González y González, "Suave patria", en *ibid.*, p. 167 y s.s.

<sup>6</sup> Virginia Guedea, *op. cit.*, p. 15; Antonia Pi-Suñer Llorens (coordinadora), *En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*, vol. 4, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1996, p. 11 y ss. Ver la visión general de María de la Luz Parceró, *Introducción bibliográfica a la historiografía política de México, siglos XIX*

La historia patria no negó sus razones en torno a la reivindicación patrioterica de símbolos, valores y expresiones conectadas al nacionalismo cohesionador y legitimador de la sociedad y el territorio, frente a las agresiones del exterior, pero también frente a las oposiciones regionalistas en su interior.<sup>7</sup>

La historia de bronce, por su parte, resaltó a los personajes conductores de la patria y de la nación como entes y agentes de la vida patria y de su conducción, ejemplos reales y simbólicos que engrosaban al panteón nacional y a las estatuas que unificaban e identificaban al ser nacional con su lucha emprendida en bien de la unificación y defensa de la patria.<sup>8</sup>

La historia oficial, por su parte, se encargó de legitimar y educar, cohesionar y unir, reivindicar y centralizar, los hilos conductores de cada grupo político o gubernamental, fuera conservador o liberal, revolucionario o contrarrevolucionario, partidista u organizacional, desde el poder nacional o estatal, factor de unión entre la sociedad civil y el Estado.<sup>9</sup>

Por su parte, la historia regional permaneció atrapada en la crónica, el recuento empírico, la marginación y la reivindicación de valores,

---

y XX, México, UNAM, 1982, p. 14 y ss. Es de utilidad en estas consideraciones la obra de David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Era (Colección problemas de México), 1980, p. 96 y ss. Ver también Gloria Villegas Moreno, "Reflexiones en torno al 'motor' de la historia (la historiografía liberal y conservadora de la primera mitad del siglo XIX en México)", en *Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, UNAM, núm. 1, 1985, p. 45-79. Cfr. con Jaime E. Rodríguez, "La historiografía de la primera república", en *Memorias del simposio de historiografía mexicanista*, México, Comité Mexicano de Ciencias Históricas, Gobierno del Estado de Morelos, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1990, p. 147-159.

<sup>7</sup> Luis González y González, "Suave patria, revela ya tu verdadera historia"; en *Revista de la Universidad de México*, México, UNAM, Nueva época, núm. 24, abril 1983, p. 17-22.

<sup>8</sup> Luis González y González, *La ronda de las generaciones*, México, Consejo Nacional de Fomento Educativo, SEP, 1984, p. 5-8.

<sup>9</sup> También Luis González y González ha definido con precisión este tipo de historia, ver su artículo "De la múltiple utilización de la historia", en Carlos Pereyra, Luis Villoro et al., *Historia ¿para qué?*, México, Siglo XXI, 1980, p. 64 y ss. Cfr. Con la visión de Enrique Florescano, en la misma publicación, "De la memoria del poder a la historia como explicación", p. 91 y ss.

símbolos y acontecimientos siempre opuestos al nacionalismo, con un alto grado de regionalismo y provincianismo que fueron en contra de la unificación del Estado, el centralismo del poder y el advenimiento de la identidad nacional. Por lo menos durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, esta rama de la historia se encerró en sí misma, cumpliendo su papel marginal y reivindicador de identidades e historias menudas y comunitarias, cuyos hechos y acontecimientos solamente importaban a los pobladores involucrados y a los símbolos y valores que los unificaban dentro de su espacio menudo y localista. Por regla general, el regionalismo estuvo lejano y ajeno a lo nacional y global, mucho más, extraño al centralismo y a la supuesta unidad de lo disímbolo. La forma narrativa y la crónica fueron sus características.<sup>10</sup>

Del periodo de la independencia nacional hasta la etapa posrevolucionaria, la historiografía mexicana se bifurcó en dos ramas del saber histórico, condicionadas por la ideología y la política, unas liberales y otras conservadoras. También fue así en relación con una filosofía de la historia que no se puede negar que existía, una proveniente del positivismo, otra emergente del historicismo y una más con pretensiones académicas y científicas con vocación crítica y analítica.<sup>11</sup>

La historiografía contemporánea de México, por lo menos hasta el decenio de los cincuenta del siglo XX, tuvo dos ramas o tendencias fundamentales: una nacional, otra localista y regionalista, digamos que provinciana. Ambas fueron positivistas y pragmáticas, pero evolucionaron a la crítica historicista y llegaron a la crítica y el análisis con el sustento documental pertinente. Una se tardó más que la otra en esta evolución -la historia regional-, lo que es entendible por su

---

<sup>10</sup> Ver del mismo Luis González y González, "Historia regional en sentido riguroso", en ..., *Invitación* ..., *op. cit.*, p. 192 y 193. Un buen balance de este tipo de historiografía se encuentra en María de la Luz Parceró, *op. cit.*, p. 129-188, con una bibliografía que refleja las líneas de producción historiográfica de este periodo.

<sup>11</sup> Luis González y González, "Usos y abusos de la historiografía mexicana actual", en *Panorama actual de la historiografía mexicana*, México, Instituto Dr. José María Luis Mora, 1983, p. 8 y 9.

marginación y aislamiento, digamos, su encierro crónico frente a la vigorosa historia nacional.<sup>12</sup>

A pesar de ser más vieja, la historia regional no había logrado contrarrestar la importancia del Estado, la unidad y la identidad nacionales, palestras desde las cuales la historia nacional había alcanzado la madurez, siempre condicionada por sus tres cimientos principales: la historia patria, la historia de bronce y la historia oficial.<sup>13</sup> De hecho, la historia regional se vio contaminada por los afanes de estas tres vertientes, principalmente mediante el patriotismo provinciano, el panteón de héroes de bronce identificados con el ser provinciano y los acontecimientos reivindicadores del *statu quo* político o social, económico o cultural, en el nivel provincial.

El peso de la historiografía nacional ocasionó siempre la revisión de las historias locales y, más frecuentemente, la mezcla o mediación de lo general en lo particular. Las partes se revisaron en función del todo, como para tratar de encontrar lo homogéneo en la diferenciación, la unidad dentro de la pluralidad, el pan en el migajón. En otras palabras, para identificar lo local y regional en el todo nacional. Regionalistas y revisionistas intentaron incluirse dentro del nacionalismo histórico, en cada etapa marcada por la necesidad de la homogeneidad y la unificación, como una forma de no marginar y aislar los fenómenos locales del contexto de la nación, la patria, el Estado, la identidad histórica unificada.<sup>14</sup>

La construcción de la historia nacional durante el siglo XIX e inicios del XX estuvo siempre vinculada con la unidad y la permanencia de un todo centralizado e incluyente. Única manera de construir los cimientos

---

<sup>12</sup> Álvaro Matute Aguirre, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, Fondo de Cultura Económica, UNAM, 1999, p. 13 y ss.

<sup>13</sup> Luis Villoro, "La tarea del historiador desde la perspectiva mexicana", en *Historia mexicana*, México, El Colegio de México, vol. XI, núm. 3, enero-marzo de 1960, p. 339. La tesis sobre el pragmatismo es de Álvaro Matute Aguirre, *La teoría de la historia en México, 1940-1973*, México, SEP, Diana (Colección Sepsetentas Diana, 126), 1981, p. 12 y ss.

<sup>14</sup> Luis González y González, "Suave matría", art. cit., p. 184 y ss. También, del mismo autor, "Usos y abusos ...", art. cit., p. 12.

de la historia patria, la historia de bronce y la historia oficial, como tendencias cohesionadas de la identidad mexicana que uniría, a su vez, a la sociedad nacional en el territorio y la identificaría con la causa común de la construcción y consolidación del Estado-Nación. El poder político, dentro de cada etapa histórica, hizo su parte dentro de esta elaboración unificada y nacionalista, sin detenerse en la diversidad y la pluralidad que evidentemente existía en valores, símbolos, expresiones y acontecimientos. La diferenciación no fue aceptada, mucho menos la interpretación que fuera en contra de la identidad nacional que se estaba construyendo y consolidando, a la par del Estado-Nación.<sup>15</sup>

Las localidades y provincias quedaron al margen de esa construcción, por su vocación por la minucia, el aislamiento, el fragmento, como un mosaico imposible de unir y servir al todo nacional. A pesar de esto no se detuvo el conocimiento del acontecer, los orígenes, las causas, el desarrollo y los consecuentes de determinados hechos, unos entremezclados con los acontecimientos y personajes nacionales, otros vinculados con el ser provincial, que solamente les interesaba a los allegados, pero también a los gobernantes y a los poderosos, a los eruditos y a los maestros con formación normalista.<sup>16</sup>

La mezcla entre historia regional e historia nacional pareció ser un producto factible, aunque separado y forzado por la fuerza del Estado, los gobiernos, la educación, la ideología y la identidad dirigida. Eso sí, las partes desaparecieron de la historia patria, la historia de bronce y la historia oficial, dedicadas a reforzar la unidad, la interpretación común, la homogeneidad y la centralidad de la nación mexicana, compuesta por el Estado, el gobierno, el territorio y la identidad, bases principales de una sociedad nacional organizada y lineal, sin diferenciación y diversidad, sin pluralidad ni fragmentos.<sup>17</sup>

---

<sup>15</sup> Al respecto, ver las consideraciones de Enrique Florescano, "El poder y la lucha por el poder en la historiografía mexicana", en *Nova Americana*, Turín, Italia, núm. 3, 1980, p. 199 y ss.

<sup>16</sup> Ver Álvaro Matute Aguirre, "Precusores de la historiografía regional", en *Revista de la Universidad de México*, México, UNAM, núm. 538, noviembre de 1995, p. 50 y ss.

<sup>17</sup> Entrevista de Tania Carreño King y Angélica Vázquez del Mercado con Luis González y González, titulada "Crítica de la historia pragmática", en *Nexos*, México, núm.

La organización territorial y jurídico-administrativa del país no aceptó regionalismos o separaciones. Las intendencias borbónicas del siglo XVIII se convirtieron en estados federados en la primera mitad del siglo XIX. Los problemas entre centralistas y federalistas dieron cauce a la unidad del Estado-Nación y su territorio, respetando el regionalismo pero unificándolo en torno a la nación. La consolidación del Estado alcanzó su cenit en el Porfiriato, cuando la historia nacional fue construida e incorporada como parte de la identidad mexicana que sostenía el andamiaje del Estado y el gobierno federal. Lo importante era el logro de la legitimidad forzada de la sociedad, identificada entre sí dentro del territorio nacional, a lo que se tuvo que sumar el patriotismo, el panteón y la interpretación cohesionada del pasado y el presente, bases de la configuración de la "identidad nacional", por fin alcanzada.<sup>18</sup>

La Revolución trastocó esa trayectoria y a pesar de mantenerse intacta la organización territorial, jurídica y administrativa de los estados y territorios que formaban a la federación, puso en la palestra los regionalismos contenidos durante un siglo en los órdenes político, social y económico. La diversidad emergió, la pluralidad se apoderó de la trayectoria histórica y varios proyectos de nación se expresaron, desbaratando la unidad centralizada y nacional.<sup>19</sup>

Los vencedores de la lucha armada pasaron a un proceso de centralizar lo diverso en lo político, económico y social, pero también en lo cultural, reconstruyendo la historia nacional, igual, mediante el patriotismo, la fabricación de nuevos héroes de bronce y el oficialismo, como palestras pragmáticas y unificadas que servían al

---

191, noviembre de 1993, p. 35-39. Cfr. Con las atinadas consideraciones de Enrique Florescano, "La influencia del Estado en la historiografía mexicana", en *Siempre. Suplemento La Cultura en México*, México, núm. 759, 31 de agosto de 1976, p. IV-XI.

<sup>18</sup> Enrique Florescano, *ibid.*, p. VI. Complementar con Harry Bernstein, "Regionalism in the National History of Mexico", en *Acta Americana*, México, núm. 2, octubre-diciembre de 1944, p. 305-314. Las grandes obras historiográficas así lo plasmaron, encabezadas por Justo Sierra, por ejemplo, y varios historiadores porfirianos.

<sup>19</sup> Romana Falcón, "Las regiones en la Revolución. Un itinerario historiográfico", en Carlos Martínez Assad (coordinador), *Balance y perspectivas de los estudios regionales en México*, México, CIIH, UNAM, Miguel Ángel Porrúa (Colección México: actualidad y perspectivas), 1990, p. 61 y ss.

Estado, a los sucesivos gobiernos y a la emergencia de un nuevo sistema político, que por supuesto siguieron sin reparar en la diversidad y la riqueza de los espacios micro. Éstos pasaron a ser provincias unidas en torno a un centro político fuerte, base desde la cual se expresaba un Estado todopoderoso y moderno, con su territorio, su sistema político, su sociedad nacional y, por supuesto, su homogeneidad histórica, sustentada por el discurso patriótico, las nuevas y viejas estatuas de bronce e incluso la nomenclatura oficial que todo lo unificaba por decreto.

La posrevolución mexicana condujo, en el lapso de veinte años, a la consolidación del Estado surgido de la Revolución, pero también a la reconstrucción de la historia patria, la incorporación de nuevos héroes al panteón oficial y la legitimación por decreto de la historia oficial. La casi siempre tímida voz de los estados, soberanos de acuerdo a la letra de la ley, pero dependientes y centralizados en la realidad, fue acallada. El sistema educativo fue la palestra desde la cual emergió la homogeneización y la centralidad, indispensables para replantear la identidad nacional en función de los vencedores revolucionarios. La organización jurídica y administrativa así lo permitía, la fuerza del gobierno centralizado y autoritario aplastaba la autonomía y la autogestión, así como las manifestaciones del regionalismo, mediante el argumento de la federalización, que no era en el fondo más que un robustecimiento del centralismo.<sup>20</sup>

La modernidad política e institucional impuso una idea de la identidad nacional que servía para la unidad, la homogeneidad y el equilibrio entre la verticalidad y la horizontalidad de la sociedad nacional, en permanente diálogo con el Estado. El poder político emergió entonces como el amo y señor de la unificación, sirviéndose entonces muy bien de la historia patria, la historia de bronce y la historia oficial, como esferas de acción que influían indiscutiblemente en la estabilidad y equilibrio de la unidad y la identidad nacionales, tan indispensables para autolegitimarse, cohesionarse y consensuarse,

---

<sup>20</sup> Véase Pablo Serrano Álvarez, "Historiografía local y regional sobre la Revolución Mexicana. Estado actual y perspectivas", en *Sólo Historia*, México, INEHRM, núm. 10, octubre-diciembre de 2000, p. 4 y ss.



frente al exterior o frente al regionalismo opositor interno. El aparato educativo institucional sirvió como anillo al dedo a ese logro, mucho más los intelectuales y la cultura manejados por el Estado y los sucesivos gobiernos de la etapa de la estabilidad y el desarrollo económico, después de 1940.<sup>21</sup>

La confrontación entre historia regional e historia nacional se mantuvo. Emergieron las diferencias en torno a la historiografía que los profesionales hacían dentro de cada rama, precisamente a partir de la renovación de temas, tendencias, corrientes, interpretaciones y formas de historiar. Los historiadores se dividieron a partir de ambas esferas del saber histórico mexicano, incorporando nuevas tendencias y caminos dentro de la historiografía.<sup>22</sup>

La renovación historiográfica comenzó en el decenio de los cuarenta de la mano de la tendencia historiográfica nacional, que encontró otro camino que se agregó a la historia patria, la historia de bronce y la historia oficial. La historia académica y/o científica surgió aparejada a esta tendencia, con el cobijo historicista pero profesional e institucional al fin. Este momento se prolongaría hasta finales del decenio de los sesenta.<sup>23</sup>

A finales de los treinta, Silvio Zavala se convirtió en un historiador pionero de la renovación historiográfica nacional, subrayando la necesidad de que la investigación histórica tuviera un proceso de institucionalización, un sustento profesional en la formación académica y la postura que sostiene que los hechos históricos deberían basarse rigurosamente en fuentes originales e interpretaciones fundamentadas en el análisis y la crítica.<sup>24</sup>

Edmundo O'Gorman, por su parte, en el primer lustro de los cuarentas llamó al imperativo de la reflexión y la crítica, sin apartarse

---

<sup>21</sup> Arnaldo Córdova, "La historia, maestra de la política", en Carlos Pereyra, Luis Villoro *et al.*, *op. cit.*, p. 131 y ss.

<sup>22</sup> Luis González y González, "Minuta de un viaje redondo", en Jean Meyer (coordinador), *Egohistorias. El amor a Clío*, México, CEMCA, 1993, p. 62 y ss.

<sup>23</sup> Álvaro Matute Aguirre y Evelia Trejo, "Veinte años de historia de la historia en México", en *Memorias del simposio de historiografía mexicanista ...*, *op. cit.*, p. 3 y 4.

<sup>24</sup> Entrevista con Silvio Zavala, publicada por Jean Meyer (coordinador), *Egohistorias ...*, *op. cit.*, p. 205-207.

de la búsqueda de la verdad histórica, como paso importante de la labor del historiador desde el presente. Era indispensable la formación, la reflexión, la crítica y la vinculación del presente con el pasado, del pasado con el presente, para renovar a la historiografía, pero igual para romper con el cerco político y subjetivo, creador de héroes y villanos, mentiras y falsedades, ocultamientos y resguardos, símbolos y valores que no realidades y verdades. Para O'Gorman, la historia nacional se encontraba en crisis; por lo que la autocrítica tenía que enfilarse hacia la renovación. La única forma de lograr un cambio positivo era la reflexión y la observación del pasado a partir de los problemas y retos planteados por el presente.<sup>25</sup>

Ambas reflexiones referidas a la historia, los historiadores y la historiografía nacionales, tuvieron como intención manifestar el inicio del tránsito de la historia como constructora de la nacionalidad a la historia académica y científica despolitizada.<sup>26</sup> El tránsito no se daría de inmediato, pero sí el proceso de formación e institucionalización que profesionalizó los estudios históricos en México. El Colegio de México, el INAH, la Facultad de Filosofía y Letras y el Instituto Investigaciones Históricas de la UNAM fueron los bastiones desde los cuales sobrevendría la renovación historiográfica que cambiaría el panorama hasta muy entrada la década de los sesentas.<sup>27</sup>

---

<sup>25</sup> Edmundo O'Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, Imprenta Universitaria, 1947, en especial las páginas 244-248. Ver también Edmundo O'Gorman, *México. El trauma de su historia. Ducit amor patriae*, México, CNCA (Colección cien de México), 1999, p. 89 y ss.

<sup>26</sup> Cfr. con el análisis de Guillermo Zermeño Padilla, "La historia. ¿Una ciencia en crisis? Teoría e historia en México, 1968-1988: Una primera aproximación", en *Memorias del simposio de historiografía mexicanista ...*, op. cit., p. 26 y 27. Cfr. Enrique Florescano, "Los historiadores y el poder", en *Nexos*, México, núm. 46, octubre de 1981, p. 27-37. Agregar Ricardo Pérez Montfort, "Entre la historia patria y la búsqueda histórica de 'lo mexicano'. Historiografía mexicana, 1938-1952", en Gisela von Wobeser (coordinadora), op. cit., p. 289 y 290.

<sup>27</sup> Ver Guillermo Zermeño Padilla, "'Crítica' y 'crisis' de la historiografía contemporánea en México: retos y posibilidades", publicado en *Página independiente de historiografía mexicana*, <http://www.geocities.com/CollegePark/Stadium/9571/XZERMENO.htm>, p. 8 y 9. Cfr. Edmundo O'Gorman, *Del amor del historiador a su patria, palabras pronunciadas al recibir el Premio Nacional de Letras*, 1974, México, Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX, 1974, p. 19 y ss.

A lo anterior se agregó la presencia de los historiadores profesionales extranjeros que estudiaron con ahínco diversos aspectos de la historia mexicana, provenientes de Estados Unidos y Europa, que introdujeron temas, enfoques, interpretaciones, tendencias, fuentes y técnicas, especialmente concentrados en la Revolución y el periodo contemporáneo.<sup>28</sup>

La modernidad impulsó la historiografía nacional hacia la profesionalización e institucionalidad, indispensables para el despegue de una historiografía académico-científica que hizo tambalear a la rama erudita, positivista e historicista, que campeaba en el ambiente historiográfico en los cincuentas y sesentas, todavía dominados por el "pragmatismo político" que influía y determinaba las interpretaciones del pasado mexicano, con un alto grado de contaminación virulenta proveniente de la historia patria, la historia de bronce y la historia oficial que enaltecían al Estado o al gobierno en turno y, por ende, a la modernidad que implantaba el surgido de la Revolución Mexicana.<sup>29</sup>

Positivistas e historicistas, sin embargo, siguieron influyendo en la historiografía nacional. Unos se abocaron al pasado prehispánico, otros al colonial, muy pocos al México decimonónico, unos más al Porfiriato y contados con los dedos de las manos a la Revolución Mexicana y al periodo contemporáneo. Eso se reflejó también en las instituciones; en la UNAM prehispanistas y colonialistas; en El Colegio de México, la historia de la historiografía y el Porfiriato, pero también la Revolución; el INAH para el siglo XIX y la historia de la historiografía. También surgieron instituciones temáticas como el INEHRM a inicios de los

---

<sup>28</sup> Javier Rodríguez Piña, "Algunas reflexiones en torno a la historiografía del México contemporáneo en las dos últimas décadas", en *Memorias del simposio de historiografía mexicana* ..., *op. cit.*, p. 237 y 238.

<sup>29</sup> Gloria Villegas Moreno, "Panorama actual de la historiografía mexicana", en *Panorama actual* ..., *op. cit.*, p. 34, 35; Álvaro Matute Aguirre, *La teoría de la historia* ..., *op. cit.*, p. 18 y 19. Cfr. con Enrique Florescano, "La nueva interpretación del pasado mexicano", en Horacio Crespo, Luis González y González *et al.*, *El historiador frente a la historia, corrientes historiográficas actuales*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, 1992, p. 7 y 8.

cincuentas, para el estudio particular de la Revolución Mexicana. Este proceso se mantendría hasta el último lustro de los sesentas.<sup>30</sup>

La historiografía académica mexicana se vio estimulada entre 1940 y 1970, en mucho por su impulso renovado a través de instituciones financiadas por el Estado y los sucesivos gobiernos, que hasta apoyaron proyectos de gran envergadura, colectivos y concentrados en el esquema positivista, unos, historicista, otros. Tal fue el caso, emblemático, de la magna obra dedicada a la República Restaurada y el Porfiriato, dirigida por Daniel Cosío Villegas; o al proyecto revisionista y oficial emprendido por el INEHRM, dirigido por Salvador Azuela, con apertura hacia la historia estatal con cariz oficialista.<sup>31</sup>

Como diría Luis González y González, a los estudios regionales todavía no les "llegaba su fiesta". Encerrados en el positivismo, el revisionismo oficial, la historia de bronce ajustada al panteón provincial, al empirismo recuperador de datos y fechas y el "matriotismo" pueblerino y estatal, los historiadores regionales no alcanzaron a visualizar o intentar la crítica y la reflexión, mucho menos la búsqueda de la verdad o la objetividad, pero tampoco el logro de la profesionalización o la institucionalidad de los estudios históricos o de los archivos y bibliotecas que estimularan el hallazgo y ordenación de fuentes y, por ende, el sustento fundamental de la historiografía que realizaban. Obviamente, hubo excepciones a la regla.<sup>32</sup> La preocupación por las localidades, ciudades y pueblos, pero también estados de la federación, fue amplia entre 1940 y 1970, principalmente por parte de historiadores entusiastas, autodidactas o abogados y

---

<sup>30</sup> Ver Gloria Villegas Moreno, "Panorama ...", *ibid.*, p. 36 y 37. Sobre el INEHRM ver Carlos Martínez Assad, "Historia regional. Un aporte a la nueva historiografía", en Horacio Crespo, Luis González y González, *ibid.*, p. 122.

<sup>31</sup> Romeo Flores Caballero, "Tendencias de la investigación histórica en el México contemporáneo", en *Contemporary Mexico, IV International Congress of Mexican History*, Berkeley, University of California Press, El Colegio de México, 1976, p. 788-799; Álvaro Matute Aguirre, "La historiografía mexicana contemporánea", en *Ciencias sociales en México. Desarrollo y perspectivas*, México, El Colegio de México, 1979, p. 76.

<sup>32</sup> Rafael Montejano y Aguinaga, en San Luis Potosí, José Fuentes Mares en Chihuahua, Luis Medina Ascencio en Jalisco, fueron los más destacados, según Luis González y González, "Tres historiadores de provincia", en ..., *Invitación ...*, *op. cit.*, p. 137-157.

políticos. En este aspecto, destacaron los casos del Estado de México, Veracruz, Nuevo León, Jalisco, San Luis Potosí o Guanajuato.<sup>33</sup>

En 1962 se decretó la hechura de los libros de texto gratuitos para el nivel primario. La historiografía nacional salió reivindicada y reforzada como aparato ideológico y legitimador del Estado todavía posrevolucionario. La historia patria se reforzó con símbolos y valores ideológicos, imbuidos de nacionalismo, unidad nacional y, sobre todo, relacionados con la "paz social" que había caracterizado al país, sobre todo, a partir de la Revolución hecha gobierno. La historia de bronce fue también ampliamente reforzada, destacando el conjunto de héroes y personajes revolucionarios y posrevolucionarios que habían dado modernidad y unión a los mexicanos. Por su parte, la historia oficial se vio estimulada en torno a la ideología de la legitimación del poder establecido, con la idealización y enaltecimiento del mundo prehispánico, la independencia, el conflicto entre conservadores y liberales, la Reforma y la Revolución hasta la presidencia de Lázaro Cárdenas, mientras se revisaba el "infierno" de la Colonia y se rechazaba ahondar más en lo referido al Porfiriato, mucho más también a involucrarse con la historia contemporánea después de 1940.<sup>34</sup>

Los historiadores académicos nacionales brillaron por su ausencia en la hechura de los textos de educación primaria, pero no dejaron de criticar la carga ideológica que imprimían en la formación de la infancia. En los nuevos libros el paisaje local mexicano desaparecía por completo en favor de la exaltación de la modernidad urbana, el centralismo de la ciudad de México y la fuerza de unión del gobierno nacional, incluyendo, claro está, a los presidentes.

A mediados del decenio de los sesenta el panorama historiográfico empezó a mostrar signos de renovación. En gran medida, el proceso de profesionalización e institucionalización, iniciado desde los cuarentas, comenzó a dar frutos, vinculados al contexto mundial de los

---

<sup>33</sup> Véanse las pertinentes apreciaciones de Luis González y González en "Historia regional en sentido riguroso", art. cit., p. 190-200.

<sup>34</sup> Luis González y González, "Usos y abusos ...", art. cit., p. 13.

paradigmas historiográficos de Europa y Estados Unidos que trasnaron por medio de la historiografía académica.<sup>35</sup>

La corriente revisionista de la historiografía nacional emergió a partir del libro de John Womack sobre el zapatismo, aparecido en 1965 en Estados Unidos,<sup>36</sup> que vino a cuestionar la interpretación usual de que la Revolución mexicana había sido un hecho nacionalista, popular y epopéyico, lineal y homogéneo. Emergieron entonces nuevos actores y la Revolución empezó a ser vista como un conjunto de revoluciones y proyectos, movimientos sociales y programas políticos heterogéneos, bases desde las cuales podría reinterpretarse la historia contemporánea de México. Womack afianzó la visión popular y agrarista de ese proceso histórico, estimulando también la interpretación de la historia regional desde la mirada mediadora del contexto nacional, evidentemente centrada en la actuación de los sujetos históricos, lo que representó una importante novedad.<sup>37</sup>

Del lado regionalista, en 1968 Luis González y González dio a conocer su *Pueblo en Vilo. Microhistoria de San José de Gracia*,<sup>38</sup> donde se planteaba la reivindicación académica de la historia local como alternativa para reforzar a la historia regional mexicana a partir de la diferenciación, la pluralidad y la heterogeneidad, siempre presentes en la historia nacional a partir de barrios, pueblos, comunidades,

---

<sup>35</sup> Casi todos los análisis historiográficos sobre la historia nacional y regional, coinciden en marcar esta etapa como renovadora. Véase Pablo Serrano Álvarez, "La historiografía regional de México. Balance, situación y perspectivas. A manera de introducción", en ... (coordinador), *Pasado, presente y futuro de la historiografía regional de México*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1998, p. 16-26. Cfr. con Beatriz Rojas, "Historia regional", en Gisela von Wobeser (coordinadora), *op. cit.*, p. 313-319. También ver José María Muriá, *Centralismo e historia*, México, El Colegio de Jalisco (Colección ensayos jaliscienses), 1993, p. 22. Para el caso de la historiografía nacional véase Javier Rico Moreno, *Pasado y futuro en la historiografía de la revolución mexicana*, México, CNCA, INAH, UAM-A (Colección ensayos, 8), 2000, p. 16 y 17.

<sup>36</sup> Traducido y publicado al español en México, con el título: *Zapata y la revolución mexicana*, Siglo XXI Editores, 1969.

<sup>37</sup> Ver las consideraciones al respecto de Romana Falcón, art. cit., p. 69.

<sup>38</sup> Luis González y González, *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, México, El Colegio de México, 1968. El prólogo de la obra era muy claro en cuanto intenciones y objetivos, dicho sea de paso.

municipios, estados y regiones, niveles espaciales que contaban con su propia historia e identidad. Las fuentes primarias, la tradición oral y el andamiaje profesional del historiador regionalista daban la pauta para reforzar este tipo de estudios, marginados de la historiografía nacional, desde sus vertientes de la historia patria, la historia de bronce y la historia oficial, pero también desde el punto de vista de la historiografía académica. Era hora de reivindicar a la historia regional desde una perspectiva universalista y total, frente a las interpretaciones lineales y homogéneas de la historia global nacional, pero también, evidentemente, para renovar a este tipo de historiografía frente a las corrientes tradicionales que se seguían cultivando, atrapadas en la crónica, la narrativa, lo autodidacta y lo político.<sup>39</sup>

Ambas aportaciones historiográficas dieron pie a una bifurcación de la historiografía nacional en los setentas, resaltando las corrientes revisionistas centradas en el análisis y estudio de la Revolución mexicana y sus secuelas, y las corrientes que privilegiaron los estudios relacionados con la historia municipal, estatal y regional de largo alcance, pero también vinculados al revisionismo en materia de estudios de la Revolución Mexicana.<sup>40</sup>

La historiografía nacional se vio estimulada por la corriente revisionista que cuestionó la Revolución y se abocó a desmitificarla

---

<sup>39</sup> Ver del mismo Luis González y González, "El arte de la microhistoria", en ..., *Invitación ...*, op. cit., p. 20 y ss. Sobre el significado de la obra de Luis González y González, para la historiografía mexicana, ver Álvaro Ochoa Serrano (ed.), *Pueblo en vilo, la fuerza de la costumbre, homenaje a Luis González y González*, México, El Colegio de Jalisco, El Colegio de México, El Colegio de Michoacán, 1994, en especial los trabajos de José Lameiras, p. 27-36, José María Muriá, p. 49-56, y Carlos Martínez Assad, p. 75-82.

<sup>40</sup> El revisionismo se entiende aquí como la continua recurrencia a "revisar" los periodos históricos a la luz de la historiografía nacional, en especial en las regiones, pero también a partir de la revolución mexicana. El revisionismo se expresó a partir del encuentro de carencias y ausencias, pero significados también de ciertas etapas de la historia de México. A la luz del presente se recrean aspectos o se llenan huecos historiográficos. Esta concepción está lejana de la visión ortodoxa de la revisión ideológica de las revoluciones. Ver, al respecto, Alan Knight, "Interpretaciones recientes de la revolución mexicana", en *Memorias del simposio de historiografía mexicanista ...*, op. cit., p. 193 y ss. Esta aportación también fue publicada en *Secuencia*, México, Instituto Dr. Mora, núm. 13, enero-abril de 1989, p. 23 y ss.

para cuestionar el autoritarismo gubernamental, el fin del llamado "milagro mexicano" y la identidad unificadora que tenía aplastada a la interpretación nacionalista de cariz oficial. Las contradicciones de la realidad histórica del país después del movimiento de 1968, no eran ya justificables a partir de la historia de la Revolución y, mucho menos convincentes para la historia patria y la historia de bronce, cuyos símbolos y valores caían por su propio peso, sobre todo a partir de un enfoque académico que recuperaba las fuentes y sintetizaba procesos históricos heterogéneos fuera del campo de la interpretación nacionalista.<sup>41</sup>

Bajo esta perspectiva, la historiografía nacional se renovó a partir de los esfuerzos por la síntesis global, pero también a partir de logros analíticos provenientes de la sociología, la ciencia política, la antropología y la economía. El revisionismo historiográfico permaneció en el decenio de los setentas y continuó en buena parte de los ochentas. Las monografías y la síntesis fueron privilegiadas en este periodo, tanto por historiadores mexicanos como por extranjeros.<sup>42</sup>

Un primer esfuerzo colectivo, financiado por el gobierno echeverrista, fue la *Historia de la Revolución Mexicana*, de El Colegio de México, que convocó a un equipo de historiadores nacionales profesionales, que brindaron una visión heterogénea y global de los distintos periodos que transitaron desde el maderismo hasta la presidencia de Adolfo López Mateos, y donde la Revolución aparecía como un proceso histórico que había marcado, unificadamente, a la historia contemporánea del país, con su colección de bronce, hechos y datos significativos para la historia oficial, aunque se hizo un esfuerzo por considerar las relaciones centro-periferia, como una mediación constante y frecuente que marcaba a las historias municipales, estatales y regionales, sobre todo a partir de 1920. El desfile de gobernadores y presidentes, líderes y caciques, estadistas y caudillos, partidos políticos

---

<sup>41</sup> Guillermo Zemeño, "La historia, ¿una ciencia en crisis? ...", art. cit., p. 28 y ss.

<sup>42</sup> Véase el artículo de Alan Knight, "Interpretaciones ...", en su versión original de *Memorias ... op. cit.*, p. 197. Cfr. con Javier Garcíadiego, "Revisionistas al paredón", publicado en el mismo texto, p. 219-221.



y organizaciones sociales, emergió como parte de la modernidad histórica marcada por la Revolución.<sup>43</sup>

Los sintetizadores - como los denomina Alan Knight- nacionales y extranjeros pulularon, y las especializaciones temáticas y monográficas también, especialmente concentradas en las historias cuantitativas, orales, de las relaciones internacionales, agrarias, laborales, educativas, de los movimientos sociales, de las relaciones Iglesia-Estado, biográficas ligadas a la política, ideológicas. La producción historiográfica fue abundante y relacionada con la Revolución mexicana, encontrando causas, evolución y consecuencias, manifestando la existencia de "muchos Méxicos", un mosaico complejo, variado, plural y heterogéneo que encontró cabida para desmitificar a la Revolución popular, monolítica y lineal que la historia patria, la historia de bronce y la historia oficial habían impulsado desde 1920. De alguna forma, se recuperó la interpretación de Frank Tannenbaum, elaborada en los treinta, sobre la heterogeneidad y multiplicidad del proceso revolucionario,<sup>44</sup> marcado por las realidades locales y regionales.<sup>45</sup>

Aparejada a la corriente revisionista, sin embargo, la corriente regionalista emergió estrechamente vinculada con los trabajos de John Womack y Luis González y González. Frente a los sintetizadores, los regionalistas prefirieron ahondar en las diversidades y los espacios microhistóricos, sin descartar la interpretación relacionada con las

---

<sup>43</sup> Enrique Florescano, "La nueva interpretación ...", art. cit., p. 23. Cfr. con la interesante aportación de Álvaro Matute, "Historia política", en la misma obra que el anterior, p. 71.

<sup>44</sup> Ver Charles A. Hale, "Frank Tannenbaum y la revolución mexicana", en *Secuencia*, México, Instituto Dr. Mora, nueva época, núm. 39, septiembre-diciembre de 1997, p. 127-166.

<sup>45</sup> Véanse las apreciaciones de Alan Knight en el artículo citado. Agregar las consideraciones, sobre el revisionismo, de David Bailey, "Revisionism and the Recent Historiography of the Mexican Revolution", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 58, núm. 1, 1978, p. 62-79; Thomas Benjamin, "The Leviatán on the Zocalo: Recent a Historiography of the Posrevolutionary Mexican State", en *Latin American Research Review*, vol. 20, núm. 3, septiembre de 1985, p. 195-217; Enrique Florescano, *El nuevo pasado ...*, op. cit., p. 71 y ss. Agregar de Carlos Martínez Assad, "El laberinto de la historia regional", en ..., *Los sentimientos de la región, del viejo centralismo a la nueva pluralidad*, México, INEHRM, Océano (El ojo infalible), 2001, p. 71-82.

relaciones centro-periferia y su relación con las causas, desarrollo y secuelas de la Revolución, concentrándose en el periodo de 1900 hasta 1940.<sup>46</sup>

El enfoque regionalista brindó amplias posibilidades para la historia académica de cientistas sociales mexicanos y extranjeros que, por medio de las fuentes primarias y los enfoques teórico-metodológicos, lograron renovar la historiografía regional, siempre frente a la historiografía nacional, sin una postura oficial o patrioterica muy común en los estados de la república.<sup>47</sup>

Los regionalistas abrieron una brecha impresionante en los estudios históricos, privilegiando a la Revolución y posrevolución, pero también al siglo XIX y el Porfiriato, sobre todo, en el decenio de los ochentas, cuando esta corriente de interpretación histórica alcanzó su madurez e impulsó un *boom* dentro de la historiografía de México. Este parteaguas comenzó a inicios de los setenta, con los trabajos de Héctor Aguilar Camín y Enrique Krauze, y a finales de la década con los estudios de Romana Falcón, Carlos Martínez Assad, Paul Friedrich, Heather Fowler Salamini, Francisco Paoli y Enrique Montalvo, concentrados en distintos aspectos de la Revolución. Hubo un impulso destacado también para otras épocas de la historia mexicana, mediante los trabajos de Alejandra Moreno Toscano, Enrique Florescano, David Brading, Brian Hamnett, Jaime Rodríguez, Charles Macune, Leticia Reina, Moisés González Navarro, Jean Meyer, Carmen Blázquez, Sergio Ortega Noriega y Jesús

---

<sup>46</sup> Ver el análisis emprendido por la historiografía extranjera, principalmente estadounidense, al respecto: Barry Carr, "Recent Regional Studies of the Mexican Revolution", en *Latin American Research Review*, vol. 1, núm. 15, 1980, p. 3-14; Thomas Benjamin, "La Revolución es regionalizada. Los diversos Méxicos en la historiografía revolucionaria", en ... y Mark Wasserman (coordinadores), *Historia regional de la revolución mexicana. La provincia entre 1910-1929*, México, CNCA (Regiones), 1996, p. 427 y ss.

<sup>47</sup> Al respecto ver Mark T. Gilderhus, "Many Mexico's: Tradition and Innovation in the Recent Historiography", en *Latin American Research Review*, vol. 2, núm. 22, 1987, p. 255-266; y Linda B. Hall, "The Mexican Revolution and Its Aftermath: Perspectives from Regional Perspectives", en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, vol. 2, núm. 3, verano de 1987, p. 413-420.

Gómez Serrano, entre otros, que se insertaron dentro del nuevo enfoque regionalista académico.<sup>48</sup>

Dos historiografías renovadas surgieron en los decenios de los setentas y ochentas. La nacional, concentrada en la síntesis y la interpretación multidisciplinaria, o en los temas de las relaciones internacionales, la estructura agraria o el referido a la cuestión laboral, donde fueron importantes los trabajos de Jean Meyer, John M. Hart, Ramón Ruiz, Hans Werner Tobler, John Tutino, Lorenzo Meyer, Pablo González Casanova, Eugenia Meyer, Friedrich Katz, Enrique Semo, Adolfo Gilly, Arnaldo Córdova, Alan Knight y Francois-Xavier Guerra, que retomaron los enfoques de la interpretación marxista y popular, el de Tannenbaum sobre la multirevolución regionalista, el de la explicación ideológica, el del movimiento de las élites políticas, el del mundo agrario, el esquema laboral, y el que considera a la nación multiheterogénea y multirevolucionaria en movimientos sociales y actores.<sup>49</sup>

Por su parte, la historiografía regional, con un mosaico temático concentrado en la revisión de importantes momentos y fenómenos revolucionarios, más aún porfirianos o posrevolucionarios, mediados o marcados por las relaciones con el centro nacional, que se distinguieron en estados o regiones como San Luis Potosí, Sonora, Veracruz, Tabasco, Yucatán, Michoacán, Jalisco, Oaxaca, Estado de México, Sinaloa, Guerrero, Hidalgo, Chihuahua o Aguascalientes.<sup>50</sup>

A partir de 1982, la historiografía regionalista cobró un renovado impulso a partir de las políticas de descentralización impulsadas por el gobierno federal. La creación y apoyo a proyectos institucionales de formación, profesionalización y especialización en historia y ciencias

<sup>48</sup> Cfr. con el balance emprendido por Enrique Florescano, *El nuevo pasado ...*, op. cit., p. 72 y ss. Cfr. Con el realizado por Álvaro Matute Aguirre y Evelia Trejo, art. cit., p. 5 y ss.

<sup>49</sup> Pablo Serrano Álvarez, "Historiografía local y regional sobre la Revolución Mexicana", art. cit., p. 5 y 6. Cfr. Con las apreciaciones, al respecto, de Alan Knight, "Interpretando ...", art. cit., p. 198.

<sup>50</sup> Carlos Martínez Assad, "Historia regional ...", art. cit., p. 122 y 123. La historiografía marxista se insertó dentro de esta producción, ver, al respecto, Andrea Sánchez Quintanar, "La historiografía marxista mexicana", en *Panorama actual ...*, op. cit., p. 23- 31.

sociales en los estados de la república, en estímulo a nuevos centros de investigación y universidades estatales, brindó las posibilidades para renovar los estudios de carácter regional.

Igualmente, el gobierno estimuló la renovación, modernización y rescate de importantes repositorios documentales y culturales en los estados, abriendo espacios a la investigación histórica, conjuntados con apoyos a proyectos editoriales que impulsaron la redacción de síntesis históricas en los estados, así como trabajos de factura microhistórica. Hubo apoyos considerables a centros de investigación en la ciudad de México, con proyectos y programas de estudio y editoriales con tendencia regionalista.<sup>51</sup>

Ya en los setenta esta tendencia institucional y oficial se había manifestado dentro del INAH, a través de sus centros regionales en Jalisco, Sonora, Cuernavaca, Mérida, Guanajuato y Oaxaca, y en la UNAM en Baja California. A estos esfuerzos se sumó, a inicios de los ochenta, la fundación de los Colegios de Michoacán, el Bajío, Sonora, Jalisco, la Frontera Norte, Mexiquense, Puebla, por impulso de Luis González y González y siguiendo el modelo de organización de El Colegio de México. Varias universidades recibieron recursos adicionales, provenientes del centro, para crear licenciaturas y posgrados en historia y fomentar la actividad editorial.<sup>52</sup>

A esta labor se sumó el Archivo General de la Nación, que impulsó la creación del sistema nacional de archivos. Varios gobiernos estatales dieron apoyos a la organización, funcionamiento y modernización de archivos y bibliotecas municipales y estatales, permitiendo también la realización de proyectos editoriales de recuperación de fuentes y el surgimiento de proyectos de investigación en historia municipal o estatal. Varias iniciativas permitieron la operación de importantes archivos privados en los estados y en la ciudad de México. Desde el centro se crearon instituciones de investigación, como el Instituto.

---

<sup>51</sup> Luis González y González, "Veinte años de Microhistoria mexicana", en ... *Invitación ...*, *op. cit.*, p. 201- 214. Un balance importante sobre esto se encuentra en Pablo Serrano Álvarez (coordinador), *Pasado, presente y ...*, *op. cit.*, en los casos de todos los estados, exceptuando a Campeche, Coahuila y Zacatecas, emprendido en 1993

<sup>52</sup> José María Muriá, "La historiografía regional", *art. cit.*, p. 48.

Mora, el CIESAS y centros universitarios que recibieron apoyos para la investigación y publicación.<sup>53</sup>

El estímulo institucional ocasionó, de inmediato, que la historiografía regionalista alcanzará un momento de renovación cualitativa y cuantitativa sin precedentes, profesionalizando a los historiadores regionales y vinculándolos, cada vez más, con las tendencias historiográficas mundiales y nacionales. La profesionalización e institucionalización de los estudios históricos pronto pusieron a la historiografía regional en la palestra de la producción académica sobre la Colonia, el siglo XIX, el Porfiriato, la Revolución, la posrevolución y el periodo contemporáneo, frente a las tendencias de la historiografía nacional académica, oficial y de bronce, también concentradas en el revisionismo general o sintetizador, o en la reiteración patrioterica o política de la biografía y los símbolos.<sup>54</sup>

Las historias estatales y generales, junto a un conjunto incontable de monografías, fueron el inicio de un proceso de fragmentación y pluralismo historiográficos, que reflejaba la complejidad de la historia mexicana en prácticamente todos los periodos y etapas, pero también en una amalgama de acontecimientos y hechos históricos en todas las ramas de la historia. Un ejército de historiadores surgió desde finales del decenio de los ochentas, a lo que se sumó el auge de publicaciones institucionales y privadas relacionadas con la historia regional y local, tanto en México como en el extranjero. A este renovado impulso se agregó, sin duda, la difusión de la historia en medios electrónicos e impresos, que en los estados y en el centro popularizaron a la historia.<sup>55</sup>

En las historias estatales y municipales se dejó sentir la influencia de las ideas de Luis González y González en torno a la microhistoria de larga duración, universal y total. Jalisco, Sonora, Michoacán, Baja

---

<sup>53</sup> Luis González y González e Hira de Gortari Rabiela, *Historia regional*, Guadalajara, Programa de Estudios Jaliscienses, Universidad de Guadalajara, 1991. Cfr. con las informaciones contenidas en Luis González y González, Jean Meyer y Enrique Florescano, *Historia regional y archivos*, México, Archivo General de la Nación, 1982, p. 39.

<sup>54</sup> Ver Enrique Florescano, "La nueva interpretación ...", art. cit., p. 15-17.

<sup>55</sup> Como se muestra en Pablo Serrano Álvarez, "La historiografía regional ...", art. cit., p. 21-24.

California Norte, fueron las entidades pioneras. Después vinieron algunas monografías impulsadas por la SEP para estudiantes de educación básica, donde resaltaron las realizadas por historiadores profesionales sobre los estados de Colima, Nuevo León, Yucatán y Michoacán, que sintetizaron las líneas principales de las historias estatales, siempre vinculadas a la periodización de la historia oficial, con tintes revisionistas sobre cada etapa histórica, reproductoras del panteón nacionales en las provincias.<sup>56</sup>

Las historias estatales adquirieron una importancia inusitada, con tintes oficialistas y revisionistas en la historia de bronce y en los valores impulsados por la historia patria, que se trasminaban a los estados, o, lo peor, para legitimar el presente desde el pasado en la labor de los gobernadores y poderosos estatales. Esta reivindicación de la historias de bronce estatales constituye, indiscutiblemente, una versión micro de la vieja historia patria de héroes y villanos.<sup>57</sup>

Desde el Instituto Mora, Eugenia Meyer impulsó la realización de síntesis generales y antologías documentales para cada estado de la república. El proyecto contó en la mayor parte de los estados con el apoyo de los gobernadores. Por regla general, las síntesis abarcaban el tramo de historia comprendido entre las postrimerías de la época colonial y el periodo armado de la Revolución. Los proyectos fueron puestos en manos de historiadores conocidos por su afición a lo local, algunos eran muy jóvenes y otros ya eran conocidos en el medio profesional. Entre 1983 e inicios de los noventas se publicaron decenas de volúmenes de fuentes y síntesis, referidas a casi todos los estados, con publicaciones adicionales que daban cuenta de la bibliografía o las fuentes de cada estado.<sup>58</sup>

También hacia finales de los ochentas se emprendieron esfuerzos colectivos en la revisión de problemas contemporáneos de los estados. Desde la UNAM, Pablo González Casanova encabezó a un equipo de historiadores, politólogos, sociólogos, economistas y antropólogos,

---

<sup>56</sup> Un primer balance de esto lo emprendió el propio Luis González y González, en "Veinte años de Microhistoria mexicana", art. cit., p. 203 y ss.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 205 y ss.

<sup>58</sup> José María Muriá, "La historiografía regional", art. cit., p. 48 y 49.

para conformar la Biblioteca de las Entidades Federativas, producto de un seminario fundado en cada estado de la república desde 1985, con financiamiento de la Universidad de las Naciones Unidas, cuyo objetivo era analizar los aspectos sociales, económicos, políticos y culturales relacionados con la hegemonía, la democracia y el desarrollo económico-social en la historia contemporánea de México. Estas revisiones se concentraron en problemas contemporáneos, cuyos orígenes se remontaban en algunos casos a la época de la posrevolución. Los libros no ofrecían mucho sustento documental, pero el esfuerzo analítico era encomiable.<sup>59</sup>

El *boom* historiográfico regionalista y revisionista continuó en los noventas, mediante proyectos monográficos y de historias estatales. Desde la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes se convocó en 1990 el Primer Concurso Nacional de Investigación Regional, con cariz multidisciplinario pero con clara factura histórica y monográfica, para estimular a los académicos y profesionales de los estudios regionales y locales, residentes o no en los estados, extranjeros o nacionales. El resultado fue la Colección Regiones, con obras sobre la Colonia, el siglo XIX, el Porfiriato, la Revolución, la posrevolución o el periodo contemporáneo, divididas con colores que identificaban nueve diversas regiones. En su conjunto, las monografías publicadas reivindicaban la historia local y regional, más que la estatal, con el estudio de problemas sociales, políticos, económicos y culturales. Regiones como el Bajío, la comarca lagunera, el Mezquital, la frontera norte, la tierra caliente de Michoacán, el norte de Chiapas, los Altos de Jalisco, el Soconusco y la Sierra Gorda merecieron libros especializados dentro de esta colección, todavía vigente.<sup>60</sup>

Los estudios regionales de carácter monográfico y multidisciplinario, oscilantes entre la antropología, la geografía, la economía y la historia, abundaron en los colegios y centros de investigación nacionales y extranjeros. Se publicaron muchos libros y artículos sobre diversos

---

<sup>59</sup> Así se establecía en las contraportadas de los libros.

<sup>60</sup> La colección fue coordinada por Carlos Martínez Assad en su primera época, estando Eugenia Meyer al frente de la Dirección General de Publicaciones del CNCA.

problemas contemporáneos; el enfoque empleado era estrictamente regional, deliberadamente desligado de las historias estatales o municipales o de monografías dedicadas a determinados periodos. Pocos cultivaron la microhistoria barrial, pueblerina o municipal, excepto los seguidores de Luis González y González, entre los que se puede citar a Guillermo Bonfil, Carlos Gill, Carlos González Salas, Andrés Lira, Jorge Martínez Zepeda, Heriberto Moreno, Patricia Arias, Jan de Vos, Carlos Herrero y Teresa Jarquín.<sup>61</sup>

A principios de los noventa, El Colegio de México y el Fideicomiso de Historia de las Américas, encabezado por Alicia Hernández Chávez, impulsaron una Colección de Breves Historias de los Estados de la República, con el apoyo del Fondo de Cultura Económica, encabezado por Miguel de la Madrid Hurtado. El proyecto reunió a académicos especializados en algún aspecto o periodo de la historia cada estado de la república. Cada volumen propone un recorrido histórico que arranca en el periodo prehispánico y concluye en la etapa contemporánea. Las obras tienen un propósito de difusión entre el gran público, pero están escritas con rigor y se nutren del análisis de documentación primaria. La colección completa incluiría 32 monografías históricas, de pocas cuartillas, sin citas al pie de página, con ensayos bibliográficos y de fuentes primarias y una que otra ilustración o mapa, sin marcos geográficos o paisajistas o disquisiciones analíticas o de enfoque.<sup>62</sup>

Las breves historias de los estados se convirtieron en una obra colectiva de gran magnitud y constituyen una actualización del conocimiento histórico que se tienen para cada una de las entidades de la república.<sup>63</sup> Digamos que se esperaba romper el cerco de la historiografía oficial, pero también aquel otro relacionado con el monografismo y los estudios locales de poca estatura académica o científica, para alcanzar a desentrañar los olvidos y ausencias de la historiografía nacional, con factura patrioterica, de bronce u oficial,

---

<sup>61</sup> Luis González y González, "Veinte años ...", art. cit., p. 208 y ss.

<sup>62</sup> El proyecto es abordado en líneas generales por José María Muriá, "La historiografía regional", art. cit., p. 48.

<sup>63</sup> La presentación de Alicia Hernández y la "Llamada General" de Luis González y González, de alguna forma, así lo establecieron.



contra la interpretación mediada por el centralismo.<sup>64</sup> En realidad, esta obra puede catalogarse como de factura regionalista y revisionista, pero también como de síntesis oficial estatal, con pretensiones narrativas y difusoras, y caracterizada a partir de una concepción centralizada, sobre todo en la periodización o en la forma, casi unificada, de interpretación general en torno a la historia contemporánea de 1940 a 1990.

La colección fue inaugurada por el trabajo dedicado a Colima, por obvias razones, pues el expresidente colimense De la Madrid era el Director General del Fondo de Cultura Económica. Luego le siguieron los demás estados. Hasta el momento han aparecido 27 títulos y en breve la colección incluirá los cinco restantes. El esfuerzo bien ha merecido la pena por contar con una colección de referencia que cuenta la historia de cada estado de la república de manera breve y ágil, aunque deben reconocerse su desbalance y sus interpretaciones marcadas por la historiografía oficial; y por último, sus carencias y generalidades en materia de historia contemporánea, especialmente referidas a la historia del siglo XX en su conjunto, .

Desde el INEHRM se instituyeron el Premio Salvador Azuela y un programa anual de becas, los cuales estimularon la historiografía acerca de la Revolución mexicana, mediante el apoyo a nuevas investigaciones con un claro énfasis en localidades, estados y regiones, pero también sobre temas de historia nacional, como las relaciones internacionales, biografías, movimientos sociales, aspectos de los gobiernos posrevolucionarios, historia institucional y recuperación de los clásicos –que ya se venía haciendo desde 1985-. A esta labor se sumó la realización del primer diccionario sobre la Revolución mexicana, con una división estatal, que recuperaba hechos, acontecimientos y personajes destacados para cada estado de la república.<sup>65</sup>

---

<sup>64</sup> A mediados de los noventas se llegó a plantear la exigencia de que los historiadores vivieran en los espacios que estudiaban. Véase: José María Muriá, *Centralismo e historia ...*, *op. cit.*, p. 5 y ss.

<sup>65</sup> Como muestra un botón, ver *Registro de participantes y proyectos de investigación*, México, INEHRM, 1997, p. 54.

En el otro extremo, dentro de la historiografía nacional, dos tendencias resaltaron en la última década del siglo XX. Por un lado, la tendencia oficial y divulgadora con facha populachera, intervenida por el poder gubernamental y los medios de comunicación impresa y electrónica. Por otro lado, la tendencia académica presente en las instituciones universitarias y centros de investigación de prestigio, donde conviven historiadores extranjeros o nacionales. Unos y otros ligados al poder político gubernamental, otros estrechamente vinculados al poder económico y social de los medios, las editoriales o las camarillas historiográficas institucionales, encabezadas por destacados historiadores que han fungido como asesores de presidentes y ministros, o han estado ligados a los medios de prensa, radio y televisión.<sup>66</sup>

En 1985, la Comisión Nacional para las Celebraciones del 175 Aniversario de la Independencia Nacional y 75 Aniversario de la Revolución Mexicana, encabezada por el presidente Miguel de la Madrid, estimuló la recuperación de las obras fundamentales, los clásicos testimoniales y obras relacionadas con las revoluciones de Independencia, Reforma y de 1910, con un amplio programa editorial de facsímiles y obras enciclopédicas, en donde destacó la labor del INEHRM en materia de recuperación historiográfica referida a la interpretación epopéyica y testimonial del pasado nacional.<sup>67</sup>

El recuento y recreación de las revoluciones mexicanas vino a estimular también a la historiografía nacional, en sus caretas de patria, de bronce y oficial, pero con aportaciones académicas importantes, como fue la enciclopedia *Así fue la Revolución Mexicana*, que arrancaba en la crisis del porfirismo y concluía en 1917, con índices explicativos, cronologías, mapas y fotografías. La obra fue financiada por la SEP, el INAH y el Consejo Nacional de Fomento Educativo, destacándose la participación de historiadores profesionales de la UNAM, El Colegio

---

<sup>66</sup> Los casos de *Vuelta* o *Nexos* fueron representativos de esta historiografía. Luis González y González, Enrique Krauze, Héctor Aguilar Camín, Jean Meyer y Enrique Florescano se convirtieron en historiadores divulgadores, ligados a los medios y al gobierno.

<sup>67</sup> Así se establecía también en las presentaciones de las colecciones.

de México y el INAH, comandados por Enrique Florescano, Javier Garciadiego y un cuerpo de asesores como Teresa Franco, Luis Garfias, Álvaro Matute, Antonio Martínez Báez y Berta Ulloa. El resultado de este esfuerzo colectivo es una obra de consulta novedosa, profesional y abierta a todo público.<sup>68</sup>

En 1992, la querrela por los libros de texto gratuito para niveles primarios inundó a la opinión pública. Historiadores profesionales participaron en la conformación de esos textos, comandados por importantes personajes ligados al salinismo. Las nuevas interpretaciones corrigieron mentiras, ciertos villanos se convirtieron en héroes, se deshicieron viejos mitos y se abordaron temas novedosos del periodo contemporáneo, desde el movimiento de 1968 hasta las crisis de 1976 y 1982, con una clara justificación del salinismo, que llegó al poder mediante un proceso electoral sin legitimidad. Hasta la reivindicación democrática tocaba las puertas del conocimiento histórico de las nuevas generaciones de mexicanos, pero en función del proyecto neoliberal y del anquilosado régimen priísta.

Los libros de texto de educación primaria vinieron a renovar a la historia patria, la historia de bronce y la historia oficial, con una interpretación histórica parcial, a favor de un presente neoliberal, de primer mundo supuestamente, en la que campeaban la democracia autoritaria y la labor legitimadora de un régimen en descomposición. Por supuesto que en estas visiones no aparecían las diferenciaciones regionales, sino apenas la historia de presidentes, grandes obras y momentos oscuros que antes eran impensables dentro de este tipo de historiografía.

Los libros de texto fueron criticados por historiadores, pedagogos, comunicólogos y periodistas, que vieron como una amenaza la apropiación de la historia mexicana, a partir del proyecto salinista, deslegitimado y atacado por una oposición creciente de la izquierda y la derecha por los sucesos de 1988. A esto se sumó la oposición de

---

<sup>68</sup> Miguel de la Madrid Hurtado, presidente de México, presentó la colección ponderando la liga entre el pasado, el presente y el futuro, en la importante celebración de las revoluciones mexicanas que se incluían, de una manera profesional y divulgadora, dentro de la historiografía nacional, con sus rasgos de patria, de bronce y oficial.

los tradicionalistas oficiales, que no estaban de acuerdo en la desaparición de los mitos ni con generalidades que iban en contra de la identidad nacional. Los libros no llegaron a las aulas y el gobierno tuvo que convocar públicamente a los historiadores y pedagogos a reescribir los textos, cortando su periodización hasta 1964, para omitir de la historia nacional a la generación del 68, a los movimientos sociales de los setentas, a las crisis económicas y al autoritarismo del régimen priista en los ochentas.

Los nuevos textos ocasionaron un nuevo desastre entre grupos y camarillas de historiadores y pedagogos y, a pesar de haber sido otorgados los premios a los mejores, nunca se publicaron por la SEP. El salinato, por fin, y por encargo, pudo publicar nuevos textos de historia hechos a partir del criterio de los literatos oficiales, convertidos en escribanos nacionales, muy *ad hoc* a los tiempos, apartados de las camarillas de historiadores profesionales o a poderosos pedagogos enquistados en la SEP, y ya muy cercano el fin del salinismo, con todo lo que ocurrió en la crisis política y económica de 1994.<sup>69</sup>

En la historiografía nacional de los noventas, la tendencia relacionada con la divulgación y difusión, proveniente de la academia, pero con ligas con los medios de comunicación escrita y electrónica, fue muy amplia y constante. Una especie de historia popular y narrativa se puso en marcha para enriquecer la visión de la historia de bronce, ampliar al panteón de héroes y desentrañar la vida de los presidentes, con sustento documental y fotográfico, agregando chismes y debilidades de la vida privada, por aquello de atraer a las audiencias y subir los *ratings*. Telenovelas en Televisa, videos, publicaciones con fotografías históricas, reportajes y columnas periodísticas, inundaron al mercado.

Impulsor de esta tendencia historiográfica muy actual y moderna, posmoderna se decía a inicios de los noventas, ha sido Enrique Krauze

---

<sup>69</sup> Una parte del debate historiográfico de esos años se encuentra en la entrevista de Tania Carreño King y Angélica Vázquez del Mercado con Lorenzo Meyer, "La disputa por la historia patria", en *Nexos*, México, núm. 191, noviembre de 1993, p. 41- 49. La revisión ideológica de la historiografía nacional era un imperativo, ver la visión de José Agustín, *Tragicomedia mexicana, la vida en México de 1982 a 1994*, vol. 3, México, Planeta, 1998, p. 256.

y su equipo. Las *Biografías del poder*, publicadas por el Fondo de Cultura Económica desde 1987, representaron una aportación destacada en el renacimiento de la biografía política, desde la perspectiva académica, pero bajo la tendencia de la narrativa y la gran difusión, concentradas en las vidas de los presidentes, de Porfirio Díaz a Lázaro Cárdenas, contemplando además a líderes como Francisco Villa y Emiliano Zapata.<sup>70</sup>

Después vino un libro premiado en España con el Premio Comillas, *Siglo de caudillos*,<sup>71</sup> dedicado al panteón biográfico mexicano del siglo XIX, en el que se hace un cuestionamiento a la historia de bronce y se revalora el *statu quo* de héroes y villanos decimonónicos, mostrando a los hombres de "carne y hueso" y reivindicándolos dentro de la historiografía nacional. Enseguida, el proyecto biográfico de Krauze continuó con *La presidencia imperial*,<sup>72</sup> importante aportación para la historiografía nacional contemporánea, concentrada en la vida y acciones de los presidentes de 1940 a 1997, es decir, de Manuel Ávila Camacho a Ernesto Zedillo.

La editorial Clío produjo videos, series televisivas y publicaciones, sobre los presidentes, la vida cultural y artística, partidista e intelectual, a más de la recuperación de las obras completas de Daniel Cosío Villegas y Luis González y González, íconos de la historiografía mexicana. Además, en 1999, Krauze publicó *Mexicanos eminentes*,<sup>73</sup> otro

---

<sup>70</sup> Este proyecto tuvo la intención de recuperar a los presidentes y líderes de la revolución y posrevolución con 8 libros, uno por cada uno. El resurgimiento de la biografía histórica del panteón mexicano, con bases metodológicas en el inglés Carlyle, renovó a esta rama de la historiografía en México. Krauze la había cultivado desde 1971.

<sup>71</sup> Publicado en Barcelona por Tusquets Editores (Colección andanzas, biografía, 207) en 1994, Krauze asentaba el resurgimiento de Carlyle dentro de la historia de bronce concentrada en la biografía política, tan importante para la historiografía nacional, pero ahora con un punto de vista académico y divulgador.

<sup>72</sup> Publicado en Barcelona por Tusquets Editores (Colección andanzas, biografía, 207, núm. de serie 3) en 1997, A través de la actuación de los presidentes, Krauze intencionaba el análisis del sistema político mexicano en la historia del siglo XX.

<sup>73</sup> Publicado en Barcelona por Tusquets Editores (Colección andanzas, biografía 207, núm. de serie 6) en 1999, Esta publicación completaba una "sucesión de biografías del poder, el saber y el creer", que englobaba el proyecto biográfico de su autor.

compendio biográfico sobre personajes periodistas, intelectuales, escritores, historiadores, artistas, políticos, editores y viajeros, que divulgó vidas y contextos históricos del México moderno y contemporáneo.

La narrativa y la amplia difusión de la historia nacional fueron muy socorridas en México. Los académicos ortodoxos critican esta tendencia por el proceso de "vulgarización" de la historia, pero ya Luis González y González había advertido esa necesidad para renovar a la historiografía, pero también para acercar a los historiadores con el gran público. El mérito de la obra y la empresa de Enrique Krauze ha sido éste, a pesar de que sus seguidores intenten hacer una mala copia de su forma y estilo para hacer historia, y de que sus detractores sean ortodoxos en los métodos y las interpretaciones, o en combatir interpretaciones supuestamente conservadoras, relacionadas con la historia de bronce o la historia contemporánea.

La historiografía nacional de los noventa pugnó por una historia incluyente, crítica, plural, heterogénea, profesional y alejada del poder y de los mitos, algo así como la democratización de la historia frente al autoritarismo gubernamental. El pragmatismo tradicionalista, a pesar de los años, continuó presente; el neopositivismo y el historicismo quedaron rebasados y las tendencias académicas, divididas entre el regionalismo, el revisionismo y la narrativa y la difusión, continuaron en auge. Estas tendencias inundaron a la historiografía regional, donde también se reprodujeron los patriotismos regionalistas, las historias de bronce provinciales y locales, y las historias oficialistas para reivindicar y legitimar gobernadores y poderosos. En muchas regiones y estados hubo una reproducción del comportamiento historiográfico que se experimentaba en el nivel nacional, a pesar de la constante oposición por las ausencias y los olvidos de una historiografía académica y nacional que continuaba desplazando a las historias locales, estatales y nacionales en varios procesos y etapas históricas del país. También en las regiones y estados, los divulgadores se convirtieron en entes autodidactas y servidores de la vulgarización,

---

Daniel Cosío Villegas y José Vasconcelos habían sido biografiados por Krauze con anterioridad, por lo que esta obra complementó esas aportaciones.

improvisados y populares a fuerza del desconocimiento, frente a los historiadores profesionales.

En la segunda mitad de los noventas se ha dado un debate en torno a la necesidad y pertinencia de elaborar una historia contemporánea de México, concentrada en el siglo XX, en general, y del periodo de 1940 al 2000, en particular.<sup>74</sup> El pasado inmediato es materia de inquietud entre los historiadores académicos, revisionistas, regionalistas y divulgadores, pero también por parte de la historia patria, de bronce y oficial. Las ausencias y carencias obligan a realizar un esfuerzo colectivo de investigación e interpretación que dé cuenta del pasado contemporáneo e inmediato de la historia mexicana, indispensable para entender el cambio democrático que se experimentó en el año 2000. Es necesario entender el presente a partir del pasado, y lo inmediato será evaluar, revisar y recrear la historia contemporánea en dos aristas: la perspectiva nacional y la esfera regional, que son, a final de cuentas, dos brechas amplias y enriquecedoras para el conocimiento de un país plural, complejo, heterogéneo y diverso.<sup>75</sup>

Ambas perspectivas no están reñidas entre sí, pues al fin y al cabo son dos ramas de la historia que se han cultivado con amplitud en México. Lo grave sería continuar con la tendencia de la simbología,

---

<sup>74</sup> El debate o la intención en torno a la historia contemporánea del siglo XX en su conjunto ha estado latente. Ver Enrique Krauze, "Ser viejos y nuevos, y administrar los desacuerdos", en Patricia Galeana (coordinadora), *México en el siglo XX*, tomo I, México, Archivo General de la Nación, 1999, p. 41-62; Soledad Loaeza, "México: el cambio político en el siglo XX", en Marco Palacios (compilador), *Siete ensayos de historiografía. España, Argentina, México*, Bogotá, Colombia, Editorial Universidad Nacional, 1995, p. 147-164. Para el caso ver la revisión historiográfica que emprende Luis Medina Peña, "Historia contemporánea de México. ¿Tema de historiadores?", en Gisela von Wobeser (coordinadora), *op. cit.*, p. 293-311, donde se resalta la historiografía multidisciplinaria que se desarrolló en México durante los últimos treinta años del siglo XX, donde politólogos, sociólogos, economistas y antropólogos fueron los actores principales de las aportaciones a la historiografía contemporánea.

<sup>75</sup> El debate ya se encuentra presente en el medio académico de la historiografía nacional. Ver Soledad Loaeza, "De historias oficiales y leyendas negras", en *Nexos*, México, núm. 285, septiembre de 2001, p. 47-49.

los mitos y valores de una historia patria poco legitimada o conectada con la realidad histórica y la identidad nacional; o con la exaltación de héroes y combate a los villanos de una historia de bronce poco profesional y superficial, que se apodera cada vez más de los medios de comunicación y la prensa o se da a conocer con publicaciones de gran impacto; o con versiones oficiales que derriben al régimen, los actores y los acontecimientos históricos del "priato",<sup>76</sup> para reivindicar y legitimar a los vencedores panistas de las elecciones del 2000, incluyendo a la nomenclatura, pues la recuperación del pasado debe de seguir siendo plural; o recuperando pasados oscuros, acontecimientos guardados y escondidos, personajes y actores ocultos o procesos "incómodos" para el Estado o el gobierno en turno, como una forma de demostrar las falacias y los errores del pasado inmediato con los disidentes y opositores; o cayendo en una historia contemporánea centralista, homogénea, falaz y general, que no se base en fuentes y en un intento por reinterpretar desde la finura del análisis histórico; o que sea materia de exaltación de personajes y camarillas historiográficas con intereses políticos o alianzas con el poder político o los poderosos de los medios de comunicación impresa y electrónica.<sup>77</sup>

Ante el cambio político, sin duda el reto de la historiografía mexicana, regionalista o nacional, consiste en recuperar, recontar, reinterpretar, corregir y aumentar una historia incluyente y plural, crítica y profesional, popular pero seria, objetiva y enriquecedora, combatiente de los mitos y las mentiras, alejada de los apremios del poder y la

---

<sup>76</sup> El término se refiere a los 71 años en que gobernó al país el partido oficial, con sus caretas de PNR, PRM y PRI.

<sup>77</sup> Ver esta discusión en Javier Garcíadiego, "Transición y lecturas de la historia", en *ibid.*, p. 32-42. La relectura y discusión en torno a la historia patria, ante el cambio político en México, por el que tanto se pugnó en los noventas, también se discute por Mauricio Tenorio Trillo, "¿Historia ... ¡y patria!?", en la misma publicación, p. 42-47. Aunque los autores no hacen una referencia explícita sobre la reproducción de las nuevas tendencias historiográficas en torno a la historia regional. El debate es inquietante. Ver también el debate actual en Entrevista a Luis González y González, "De la historia tradicional a la historia académica", en *Metapolítica*, México, vol. 6, núm. 22, marzo-abril de 2002, p. 71-77.



política, profesional que no legitimadora, abierta pero con sustento, seria pero narrativa, científica pero no acartonada y alejada de la sociedad, colectiva y que no obedezca a amos políticos, económicos e intelectuales, mucho menos a los divulgadores improvisados.

Ante el cambio político en México, la historiografía nacional se verá ampliada y revisada, pero lo mismo pasará con la historiografía regional. Ambas caminarán ante los retos, y las dos estarán marcadas por la oposición permanente entre académicos y profesionales y esclavos o autodidactas de la política y los medios de difusión.

En fin, los retos son muchos, las tareas amplias, el trabajo arduo, y todo esto queda como labor de historiadores con sentido de responsabilidad profesional. ☼

